

La vuelta de la oralidad

Jesús ARANA PALACIOS*

Nuestra cultura está llena de expresiones que contienen una desconfianza hacia la palabra hablada (*las palabras se las lleva el viento*) y de respeto reverencial hacia lo escrito (*lo escrito, escrito queda*)¹. Sin embargo, desde hace ya varias décadas y desde distintos ámbitos, se está llevando a cabo una labor de reivindicación de la oralidad. Y no me refiero tanto al interés por recopilar antiguas leyendas, cuentos y otras expresiones de la cultura popular, que desde el romanticismo han cultivado muchos coleccionistas, empezando por los hermanos Grimm o Thomas Percy y llegando hasta el padre José Miguel de Barandiarán o Antonio Rodríguez Almodóvar con algunos hitos tan destacados como *La rama dorada* de Sir James George Frazer. Ese interés viene de antiguo, si bien es verdad que en la actualidad bajo unas premisas renovadas. En primer lugar porque en unos momentos en que el mundo rural se está derrumbando literalmente ante nuestros ojos, urge recoger aunque sólo sean los despojos de ese mundo que se va para siempre. Y en segundo lugar porque gracias a los medios técnicos es posible, desde hace décadas, conservar la cultura oral tal y como ésta se manifiesta. No dejaba de ser una curiosa paradoja que la cultura oral estuviera conservada por escrito. Los archivos orales que ahora se están impulsando tienen un lejano antecedente en el “Archivo de la palabra” creado en la Sorbona en 1911 por el lingüista Ferdinand

73

* Biblioteca Pública de Barañáin

1. Una desconfianza que encuentra un correlato perfecto en lo ridícula que encuentran las personas inmersas en una cultura oral la idea de que se puede llegar al conocimiento a través de la escritura. Esto se ve bien en algunos pasajes de los libros de Carlos Castaneda:

“—¿Qué más puede tener un hombre aparte de su vida y su muerte?, me dijo.

En ese punto sentí que era indispensable tomar notas y empecé a escribir de nuevo. Don Genaro se me quedó mirando y sonrió. Luego inclinó la cabeza un poco hacia atrás y abrió sus fosas nasales. Al parecer controlaba en forma notable los músculos que operaban dichas fosas, pues estas se abrieron como el doble de su tamaño normal.

Lo más cómico de su bufonería no eran tanto los gestos de don Genaro como sus propias reacciones a ellos. Después de agrandar sus fosas nasales se desplomó, riendo, y una vez más llevó su cuerpo a la misma extraña posición invertida de sentarse de cabeza.

Don Juan rió hasta que las lágrimas rodaron por sus mejillas. Me sentí algo apenado y reí con nerviosismo.

—A Genaro no le gusta que escribas— dijo don Juan a guisa de explicación.

Puse mis notas a un lado, pero don Genaro me aseguró que estaba bien escribir, porque en realidad no le importaba. Volví a recoger mis notas y empecé a escribir. Él repitió los mismo movimientos hilarantes y ambos tuvieron de nuevo las mismas reacciones.

Don Juan me miró riendo aún y dijo que su amigo me estaba imitando; que yo tenía la tendencia de abrir las fosas nasales cada vez que escribía; y que don Genaro pensaba que tratar de llegar a brujo tomando notas era tan absurdo como sentarse de cabeza”. Carlos CASTANEDA, *Una realidad aparte*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.

Brunot con el fin de preservar para el estudio y la investigación los cuentos folclóricos, la música tradicional, etc.².

Por otro lado, la importancia de la oralidad en nuestra cultura (una cultura eminentemente escrita) se advierte en el interés con el que se han ido recibiendo a lo largo del siglo xx los textos de los grandes antropólogos —Malinowski, Benedict, Radcliffe-Brown, Evans-Pritchard, Margaret Mead, Levi-Strauss— en los que se describían las costumbres y las prácticas culturales de sociedades ágrafas de África, Sudamérica, Asia, etc. También en las grandes corrientes literarias europeas se puede apreciar este fenómeno de vuelta a la oralidad. Juan Goytisolo nos recuerda que la literatura más innovadora del siglo xx (Joyce, Céline, Arno Schmidt, Carlo Emilio Gadda, Guimarães Rosa, Cabrera Infante...) entronca con algunos elementos básicos de la tradición oral: las novelas de estos autores proponen una lectura en voz alta, son una verdadera galería de voces³.

Lo que vamos a analizar ahora, sin embargo, es el auge de los estudios sobre la oralidad en los años sesenta del siglo pasado. Entre 1962 y 1963 se publicaron prácticamente al mismo tiempo en tres países diferentes —Francia, Gran Bretaña y los Estados Unidos— cinco obras de cinco autores que, en el momento en que se escribieron, no tenían ninguna relación entre ellos y no sabían nada de sus respectivas investigaciones. Las obras eran: *El pensamiento salvaje* (Lévi-Strauss), "The Consequences of literacy" (un extenso artículo de Goody y Watt), *La Galaxia Gutenberg* (McLuhan), *Animal species and evolution* (Mayr) y *Prefacio a Platón* (Havelock). Lo que tenían en común estas cinco obras es que arrojaban luz sobre el papel de la oralidad en la historia de la cultura humana y su relación con la escritura. Cuando Havelock⁴ busca una explicación para esa coincidencia llega a la conclusión de que había sido un intento más o menos consciente de todos esos autores de dar respuesta a los interrogantes que estaban planteando los medios de comunicación, y de manera muy particular la radio, que en esos años estaba viviendo su época dorada. Todos esos pensadores asistían asombrados a un resurgir de la oralidad a gran escala y apoyada ahora en medios electrónicos. El canadiense Marshall McLuhan, que fue sin duda el que tuvo una mayor influencia, escribía en *La Galaxia Gutenberg*: "No tenemos dificultad para comprender la experiencia de los indígenas o de los pueblos analfabetos, simplemente porque la hemos recreado electrónicamente dentro de nuestra propia cultura"⁵. En aquellos años era posible soñar un futuro sin libros, una sociedad no analfabeta sino desalfabetizada, un mundo dominado por los medios audiovisuales. El libro *Fahrenheit 451* de Ray Bradbury, escrito pocos años antes, recreaba la pesadilla de un mundo sin libros donde todos sus habitantes

74

2. GARCÍA, Joelle, *Collecting, making known, and preserving oral heritage in a written civilization: a challenge for libraries*, Iflanet.

3. GOYTISOLO, Juan, *Las mil y una noches de Xemaa el Fna*, Correo de la Unesco.

4. HAVELOCK, Eric A., *La musa aprende a escribir: reflexiones sobre oralidad y escritura desde la Antigüedad hasta el presente*, Barcelona, Paidós, 1996.

5. MCLUHAN, Marshall, *La Galaxia Gutenberg*, Madrid, Aguilar, 1972.

están dominados por la televisión. Es a partir de este contexto como se explica el esfuerzo por conocer cómo se podía transmitir el conocimiento en las sociedades pre-alfabéticas.

Cuarenta años más tarde la cultura escrita no parece tan amenazada, aunque se percibe claramente que están cambiando las formas de lo escrito. “Una cosa fascinante —escribe George Steiner en su último libro— es que los medios interactivos, susceptibles de corrección e interrupción, de los procesadores de textos, las textualidades electrónicas de Internet y la Red, equivalen tal vez a una vuelta —lo que Vico denominaría un *recorso*— a la oralidad. Los textos en pantalla son, en cierto sentido, provisionales y abiertos”⁶ Más allá de los discursos apocalípticos sobre la supervivencia del libro, lo que nos interesa destacar es que muy probablemente con este retorno a la oralidad lo que se puede estar produciendo es un cambio significativo en la forma de leer. Un cambio en cierto modo similar al que se produjo en los comienzos de la Edad Moderna y que trajo aparejado grandes movimientos sociales. “¿Acaso lo que compartieron Lutero, Galileo y Descartes —se pregunta David R. Olson— no sería una manera común y nueva de lectura, de relacionar lo dicho con lo significado?”⁷.

Los dos autores que todos coinciden en señalar como los grandes precursores en el estudio de las sociedades pre-alfabéticas son Milman Parry y A. R. Luria. El primero defendió por primera vez en 1928 la tesis de que los poemas homéricos tenían unas características peculiares debidas a los métodos orales que se usaron en su composición. Del análisis detallado que hizo Parry de la *Ilíada* y la *Odissea* se deducía que Homero repetía sin cesar frases hechas; en lugar de un creador, de un poeta, Homero era una especie de ensamblador. La obra de Parry fue fundamental para conocer las características de la memoria verbal en las culturales orales. Demostró que los antiguos rapsodas no aprendían las obras de memoria tal y como lo entendemos ahora, sino que disponían de centenares de fórmulas métricamente preparadas y era posible cambiarlas de un lugar a otro con bastante facilidad y sin alterar la trama o el tono del poema. Por su parte A. R. Luria durante los años 1931-1932 hizo un riguroso trabajo de campo en Uzbekistán con analfabetos. Comparaba la forma de pensar de las personas iletradas y la de aquellos que sabían leer. La conclusión era clara: sólo hace falta cierto grado de conocimiento de la escritura para que se dé una notable diferencia en los procesos de pensamiento. Por ejemplo, los individuos analfabetos (orales) identificaban las figuras geométricas asignándoles los nombres de objetos, y nunca de manera abstracta como círculos, cuadrados, etc. A los entrevistados se les mostraban cuatro dibujos de un objeto cada uno, de los cuales tres pertenecían a una categoría y el cuarto a otra. Después se les pedía agrupar los que eran semejantes. Una serie consistía, por ejemplo, en dibujos de los objetos “martillo, sierra, tronco y hacha”. Los analfabetos consideraban invariablemente el grupo no en términos de categorías (tres herramientas y uno que no es herramienta) sino desde el punto de vista de situaciones prácticas, sin advertir en absoluto que la clasificación “herramienta” correspondía a todos los dibujos, menos al del tronco. Los analfa-

75

6. STEINER, George, *Lecciones de los maestros*, Madrid, Siruela, 2004.

7. OLSON, David R., *El mundo sobre el papel*, Barcelona, Gedisa, 1998.

betos tampoco parecían operar con procedimientos deductivos formales, lo que no es lo mismo que decir que no pensaban.

Lo cierto es que en el cambio de una sociedad oral a una sociedad escrita hay un verdadero cambio de mentalidad. Como dice Emilio Lledó “En el aprendizaje de la lectura —y se aprende ya en el espacio colectivo— ese aprendizaje es algo más que el de las letras. Junto con ellas y desde la perspectiva de la institución en la que aprendemos, se va ofreciendo también una cierta forma de entender el mundo”⁸. Pero ¿cómo entendía el mundo una persona inmersa en una sociedad oral?

Quizá el autor que, ya en los años ochenta, hizo una síntesis más completa de todo el conocimiento acumulado hasta esa fecha fue Walter J. Ong⁹ que llevó a cabo un intento notable por enumerar y describir algunas de las características de las culturas orales y llegó a conclusiones bastante definitivas.

- a) En las culturas orales el pensamiento está **vinculado con la comunicación**. El pensamiento debe originarse según pautas intensamente rítmicas, con repeticiones o antítesis, aliteraciones, asonancias, etc. Las expresiones fijas son incesantes, es más, forman la sustancia del pensamiento mismo. En las culturas orales las fórmulas fijas perfectamente conocidas y compartidas por una comunidad cumplen algunos de los propósitos de la escritura en las culturas caligráficas; sin embargo, al hacerlo determinan el modo de pensamiento, la manera como la experiencia se ordena intelectualmente, que es una manera mnemotécnica. Esa es la razón por la que las expresiones tradicionales en las culturas orales no se desarman; reunir las a lo largo de generaciones representa una ardua labor y no existe un lugar fuera de la mente para conservarlas. Así los soldados siempre son valientes; las princesas, hermosas; los robles, fuertes, etc.
- b) El pensamiento requiere cierta continuidad. La escritura establece una línea y es posible volver atrás en el texto. En el discurso oral la situación es bien distinta. Fuera de la mente no hay nada a qué volver pues el enunciado oral desaparece en cuanto es articulado. Por lo tanto, la mente debe avanzar con mayor lentitud, conservando cerca del foco de atención todo lo que ya se ha tratado. **La redundancia, la repetición** de lo dicho mantiene eficazmente al hablante y al oyente en la misma sintonía. Además, la redundancia viene favorecida también por las condiciones físicas de la expresión oral: no todos los integrantes de un público grande entienden cada palabra pronunciada por un hablante, aunque sólo sea por problemas acústicos. En la cultura oral, aunque una pausa puede ser efectiva, la vacilación siempre resulta torpe. Por lo tanto es mejor repetir algo, si es posible con habilidad, antes que simplemente dejar de hablar mientras se busca la siguiente idea.
- c) Dado que en una cultura oral primaria el conocimiento que no se repite en voz alta desaparece pronto, las sociedades orales deben dedicar gran energía a repetir una y otra vez lo

76

8. LLEDÓ, Emilio, *El surco del tiempo*, Barcelona, Crítica, 1992.

9. ONG, Walter J., *Oralidad y escritura: tecnologías de la palabra*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996.

que se ha aprendido arduamente a través de los siglos. Esta necesidad establece una configuración altamente **tradicionalista o conservadora** de la mente que, en buena lógica, reprime la experimentación intelectual.

- d) El conocimiento es precioso y difícil de obtener, y **la sociedad respeta mucho a aquellos ancianos y ancianas sabios** que se especializan en conservarlo.
- e) Una cultura caligráfica (de escritura) y aún más una cultura tipográfica (de impresión) puede especificar sin problema cosas tan banales como los nombres de los líderes y las divisiones políticas en una línea abstracta y neutra. **Una cultura oral no dispone de vehículo tan neutro como una lista.** El sitio normal y muy probablemente el único en la Grecia homérica donde podía encontrarse este tipo de información era una narración o una genealogía. Asimismo, una cultura oral no posee nada que corresponda a manuales de operación para los oficios que sólo se pueden aprender por observación directa.
- f) La escritura propicia abstracciones que separan el saber del lugar donde los seres humanos luchan unos con otros. **Aparta al que sabe de lo sabido.** Al mantener incrustado el conocimiento en el mundo vital humano, la oralidad lo sitúa dentro de un contexto de lucha. Los proverbios y acertijos no se emplean simplemente para almacenar los conocimientos, sino para comprometer a otros en el combate verbal e intelectual: un proverbio o acertijo desafía a los oyentes a superarlo con otro más oportuno o contradictorio. A menudo la descripción entusiasta de violencia física es también una característica de la narración oral.
- g) Hay que tener en cuenta, además, que cuando toda la comunicación verbal debe ser a través de palabras directas, **las relaciones interpersonales ocupan un lugar destacado** en lo referente a la atracción, y aún más, a los antagonismos. Para una cultura oral, aprender o saber significa lograr una identificación comunitaria, empática y estrecha con lo sabido, identificarse con ello. La escritura separa al que sabe de lo sabido y así establece las condiciones para la "objetividad" en el sentido de una disociación o alejamiento personales.
- h) A diferencia de las sociedades con grafía, las orales pueden caracterizarse como homoeotáticas, es decir son sociedades que **viven intensamente en un presente** que guarda el equilibrio desprendiéndose de los recuerdos que ya no tienen pertinencia actual. Por ejemplo, las culturas de la imprenta han inventado los diccionarios porque las palabras tienen distintos estratos de significado, muchos de los cuales resultan bastante alejados de las acepciones actuales corrientes. Pues bien, las culturas orales no cuentan obviamente con diccionarios, pero es que además cuentan con pocas discrepancias semánticas; el significado de cada palabra es controlado por las situaciones reales en las cuales se utiliza la palabra aquí y ahora. El pensamiento oral es indiferente a las definiciones. Las palabras sólo adquieren su significado de su ambiente real, que no consiste simplemente, como en un diccionario, en otras palabras, sino que también incluye gestos, modulaciones vocales, expresión facial y todo el marco humano y existencial dentro del cual se produce siempre la palabra real y hablada.

- i) Un poeta oral no tiene que ver con textos ni con un marco textual. Necesita tiempo para permitirle a la historia adentrarse en su acervo propio de temas y fórmulas, tiempo para **identificarse con el relato**.
- j) Un idioma enteramente oral dispone de un término para “habla” en general o para una unidad rítmica como una canción, un enunciado o un tema, pero no para un concepto como “palabra”. El sentido de las palabras aisladas, como conceptos significativamente separados, es propiciado por la escritura, la cual, en este caso y en tantos otros, es divisoria, separadora. La palabra oral nunca existe dentro de un contexto simplemente verbal, como sucede con la palabra escrita. Las palabras habladas siempre constituyen modificaciones de una situación existencial, total, que invariablemente envuelve al cuerpo. La **actividad corporal** es sumamente importante en el discurso oral. La inmovilidad absoluta es en sí misma un gesto poderoso.
- k) En las culturas orales pedir información por lo común se interpreta como una **interacción** y no es raro que, como los gallegos (un pueblo con muchas huellas orales), se conteste a una pregunta con otra pregunta.
- l) La oralidad primaria propicia estructuras de personalidad que en ciertos aspectos son más **comunitarias y exteriorizadas** y menos introspectivas de lo que es normal en personas escolarizadas. La comunicación oral une a la gente en grupos. Escribir y leer son actividades solitarias.
- m) La **tradición heroica** de las culturas orales se explica con el estilo de vida agónico, pero también porque la memoria oral funciona eficazmente con los grandes personajes cuyas proezas sean gloriosas y memorables. Sólo muchos años después de la invención de la imprenta puede pensarse en registrar la vida de personajes mediocre; de antihéroes incluso.

78

La historia oral

Paralelamente a este interés por las sociedades orales que hemos comentado, en el campo de la historiografía se ha acuñado en los últimos años un nuevo término, la *historia del presente*, que ha traído consigo un interés inusitado por los testimonios directos y, por consiguiente, una revaloración de las fuentes orales. Los historiadores han descubierto el magnetófono, un instrumento que hasta no hace mucho se asociaba únicamente con el trabajo de los periodistas y de los antropólogos. “Hace muchos años —escribe Abdón Mateos en la presentación de la revista *Historia del presente*— los contemporaneístas se han cuestionado la pertinencia de seguir fundando nuestro tiempo coetáneo en una ruptura tan lejana como fue la independencia de los Estados Unidos en 1776 y, sobre todo, la revolución francesa de 1789. En 1978 el gobierno francés creaba un Instituto de Historia del Tiempo Presente, heredero del comité de estudios sobre la segunda guerra mundial. El punto de inflexión del tiempo presente era el final de la tercera república y el inicio del régimen de Vichy bajo la bota hitleriana... En España las tentativas de crear institutos o asociaciones para el estudio de nuestro convulso tiempo presente se han estrellado con una escasa sensibilidad de los políticos de la transición

a los que el pacto de silencio, que no de olvido, de la ruptura por excelencia de la historia reciente española, la guerra civil de 1936, les hacía recoger con incomodidad la recuperación más allá de lo académico de nuestro convulso siglo xx”.

Claro que esta forma de hacer historia plantea serios problemas metodológicos. En particular la fiabilidad de la memoria como fuente última de la historia. Como dice Paul Ricoeur, “Si la memoria es finalmente, en última instancia, la sola garantía de que algo ocurrió tal como yo lo recuerdo, con el riesgo de equivocarme, es preciso estar alerta, pues esa relación crítica con la memoria es objeto de muchos abusos y deformaciones”¹⁰.

A veces esta relación entre la memoria y la verdad histórica es tan fascinante que ha dado lugar a una reconstrucción en términos literarios. La exitosa novela de Javier Cercas *Soldados de Salamina* es, por encima de todo, el relato de cómo se origina, se plantea y se lleva a cabo una investigación de estas características. Sin embargo, más importante aún es que este nuevo enfoque de *los historiadores del presente* ha supuesto un mayor interés por las clases silenciadas. “Los defensores de la historia oral no han dejado de destacar que, a diferencia de la otra historia (fiel a lo escrito) o más sistemáticamente que aquella, ésta no daba la palabra a las personas del pasado, sino además también a “los excluidos”, a “los marginales”, a “los olvidados”, en resumen, esencialmente a una clientela de humildes”¹¹. Y también esto se ve en el interés de determinados escritores —pensemos en *Vidas minúsculas*, de Pierre Michon o en *Microcosmos* de Claudio Magris— por reconstruir vidas de personas sencillas, aparentemente sin ningún interés histórico.

Para terminar, es preciso destacar que, sin detenernos en lo que Ong llama la oralidad secundaria (la radio, la telefonía, etc.), lo que nos llevaría muy lejos, también la narración oral ha conocido un auge espectacular en los últimos años. Hay muchos profesionales (cuenta-cuentos, narradores, actores) que se dedican a contar sus historias por teatros, escuelas, bibliotecas y plazas; y no son pocos los festivales, los encuentros y los maratones donde es posible escucharlos. Quizá se podría considerar este tipo de narración como un género teatral. Pero es que en nuestros días el teatro (descendiente directo de la tragedia griega) y la docencia (que hunde sus raíces en la academia platónica)¹² son como animales antediluvianos que han sobrevivido a todos los embates que la cultura oral ha sufrido a lo largo de los siglos y donde es posible rastrear algunas huellas valiosas.

La UNESCO está desarrollando desde hace años programas para preservar el patrimonio intangible que se ha definido como “el conjunto de formas de cultura tradicional y popular o folclórica, es decir, las obras colectivas que emanan de una cultura y se basan en la tradición.

10. BLAIN, Jean, “Entrevista a Paul Ricoeur”, *Historia, antropología y fuentes orales*, n. 30 (2003).

11. ORMIÈRES, Jean Louis, “Las fuentes orales, ¿instrumento de comprensión del pasado o de lo vivido?”, *Historia, antropología y fuentes orales*, n. 30 (2003).

12. “Antes de la escritura, en la historia de la escritura y como desafío a ella, la palabra hablada era parte integrante del acto de la enseñanza. El Maestro habla al discípulo. Desde Platón a Wittgenstein, el ideal de la verdad viva es un ideal de oralidad, de allocución, de respuesta cara a cara”. George STEINER, *Lecciones de los maestros*, Madrid, Siruela, 2004.

Estas tradiciones se transmiten oralmente o mediante gestos y se modifican en el transcurso del tiempo a través de un proceso de recreación colectiva. Se incluyen en ellas las tradiciones orales, las costumbres, las lenguas, la música, los bailes, los rituales, las fiestas, la medicina tradicional y la farmacopea, las artes culinarias y todas las habilidades especiales relacionadas con los aspectos materiales de la cultura, tales como las herramientas y el hábitat”.

La 25ª Conferencia General de la UNESCO, reunida en París (1989), aprobó una Recomendación sobre la salvaguarda de la cultura popular y tradicional. Se destacaba la importancia del patrimonio inmaterial, no sólo para que cada pueblo pueda afirmar su identidad cultural, sino además para que el conjunto de la comunidad mantenga su diversidad cultural. Sea.